

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 19 de Febrero de 1925 ooooooooooooo

LA OPORTUNIDAD

«A la Ocasión hay que cogerla por el copete». Tal fué la primera alegoría que produjo el arte griego, como si hubiese sido esa idea la aurora que presagiaba una nueva civilización. Fué obra del escultor Litipo, coetáneo de Alejandro Magno. Esa estatua de bronce no ha perdurado hasta nuestros días, pero Calistrato la describió tal como la vió el pueblo de Sición, de esta suerte:

Representaba la Ocasión un joven en la flor de la edad: de facciones hermosas; sus cabellos sueltos flotaban a merced del viento. Parecido a Dionisio, su frente despejada denotaba gallardía, y en sus mejillas brillaba el esplendor de la juventud. Sus pies alados para indicar su ligereza, se posaban sobre una esfera, en la que estaban de puntillas, como dispuestos a emprender el vuelo. Su cabello caía en gudejas desde su frente, y era fácil el cogerlo con la mano; pero en la parte posterior de la cabeza sólo se veía un asomo de pelo, y, una vez pasado el muchacho, no había mechón por donde cojerlo.

En una copia de esa estatua, que vió un poeta griego, estaba representado el mancebo con un cuchillo en la mano, y decía una inscripción:

—¿Quién eres?
—El tiempo, que todo lo allana.
—¿Por qué vas de puntillas?
—Porque siempre corro,
—¿Por qué llevas alas en los pies?
—Porque vuelo con el viento.
—¿Para qué ese cuchillo en tu mano?
—Para indicar que soy sutil y agudo como el filo.
—¿Y el pelo que tienes en la frente?
—Para que me lo coja el que me encuentre al paso.
—Pues ¿por qué estás calvo por detrás?

—Cuando he pasado en veloz carrera nadie puede cojerme por detrás.
—¿Por qué te ha puesto así el artista?
—Para tu provecho, oh transeunte, ha colocado esta enseñanza en el umbral de la puerta.

Decía Disraeli que el secreto del éxito en la vida es estar preparado para coger la ocasión cuando ésta se presenta. Y recuerdo haber leído en una obra del canónigo Liddon que lo que hagamos en las grandes ocasiones dependerá probablemente de lo que ya somos y lo que somos es el resultado de largos años de preparación y auto-disciplina.

Pero no aguardéis a que se os presente la ocasión. Hacedla, como la hizo Abrahán Lincoln en su cabaña de leñador. Hacedla, como la hizo Henry Wilson

por las noches en una granja, cuando malgastaban el tiempo los otros chicos de la vecindad. Hacedla como el pastorcillo Ferguson hizo la suya cuando calculaba la distancia de las estrellas con un puñado de cuentas ensartadas en un cordel. Hacedla, como la hizo Jorge Stephenson cuando estudiaba las reglas de las matemáticas con un pedazo de tiza sobre los costados de las vagonetas en la mina en que servía. Hacedla, como la hizo Douglass cuando aprendió a leer con los trozos de papel que hallaba y los carteles que veía. Hacedla como hizo Napoleón la suya en cien casos importantes. Hacedla como debe hacerla todo hombre que quiera ser algo en este mundo que valga la pena de un esfuerzo. De nada sirven las ocasiones para el hombre indolente y la más brillante oportunidad sólo servirá para hacerle ridículo si no está preparado para sacar provecho de ella.

ORISON SWETT MARDEN

CURIOSIDADES

¿Quién usó el primer par de gemelos de teatro?

Este asunto ha sido muy discutido, pero generalmente se atribuye el honor de haber inventado y usado los gemelos de teatro a un italiano llamado Salviño Armati, que murió en 1317. En su tumba de Florencia hay una inscripción, que dice:

«Aquí yace Salvino degli Armati, inventor de los gemelos de teatro. Dios le perdone.»

El Emperador Nerón, que era corto de vista, usaba cristales cóncavos para ver mejor a los gladiadores.

En el siglo XIII solo se conocían los lentes sencillos, y la invención de los lentes dobles creése haber ocurrido hacia el año 1290. Alguna autoridad atribuye la invención a un francés llamado Alejandro de Spina.

En el siglo XIV se usaban ya mucho los gemelos y se consideraban como unos objetos preciosos.

¿En qué teatro del mundo reciben los actores pensiones importantes al retirarse de la profesión?

Los actores de la Comedia Francesa, de París, disfrutan de un retiro, cuando llegan a viejos, de 5.000 francos anuales, siempre que hayan prestado veinte años de servicios. En llegando a cierta categoría, en dicho teatro se cobra un sueldo de 12.000 francos anuales y 10 francos cada vez que se trabaja por la noche y 50 cuando se trabaja por la tarde.

¿En qué país pertenece al Estado todo el territorio?

En China es donde únicamente pertenece al Estado toda la inmensa extensión que abarca el territorio. Allí no existen propietarios; todos son arrendatarios y pagan unas tres pesetas por cabeza. El suelo de China es de los más ricos del mundo, y se calcula que cada kilómetro cuadrado puede producir para mantener a 2.000 personas.

En Chile todo el territorio minero se considera como perteneciente al Estado, y puede trabajar en él todo el que quiera, pagando una corta cantidad por kilómetro. En las posesiones holandesas de Java, todas, excepto la porción occidental, pertenecen al Estado.

¿Cuánto tiempo puede pasar un ave sin comer?

Los indios de la América del Sur aseguran que el condor puede pasar sin comer cuarenta días.

Las aves de rapiña, en general pasan mucho tiempo sin comer, por no encontrar presas. Un águila puede vivir 28 días sin alimento; también hay ejemplos de gallinas que han estado sin comer tres y cuatro semanas, al cabo de las cuales han recobrado la salud mediante un poco de alimento.

¿En qué parte del mundo hay un túnel perforado por el viento?

En la Academia Francesa se dió no hace mucho cuenta del caso notable de un túnel perforado por el viento, que existe en Corinto. Una especie de anfiteatro comunica con la costa por un túnel bastante ancho, sobre el cual forma una especie de puente natural un montón de rocas de piedra arenisca. Las paredes del túnel son también de esta clase de piedra, y presentan grandes rugosidades que demuestran que dicho túnel no ha sido hecho por los hombres. Tampoco puede haber sido excavado por la lluvia o por las olas, y por eso su existencia se explica solamente por los horribles vendavales de viento Norte que soplan en aquel lugar, y que a fuerza de arrojar arena contra un punto blando de la roca, ha llegado a perforar el túnel.

Un bicho que come por cien

Uno de los animalitos más pequeños de la Tierra es el que más come. Si los hombres comiésemos en la proporción que lo hace este ciudadano, una persona normal, de treinta años, tendría que digerir sesenta kilos de ali-

mentos. ¿Vosotros habéis oído hablar de la carestía de las subsistencias? Bueno; pues la carestía de ahora resulta un fox-trot comparada con la que habría en el caso de que, como os he dicho, comiésemos en la proporción del topo.

¡El topo! Este es el animalillo en cuestión. Tiene catorce centímetros de largo y cinco de alto. ¡Vaya un personajel, diréis vosotros. Pues este mozo, del tamaño de una rata, armado de uñas muy fuertes y con el hocico terminado en trompa, es una fiera en toda la extensión de la palabra.

Vive debajo de tierra, en unas galerías que se cava él mismo a una velocidad prodigiosa. Abre el agujero con el hocico y lo ensancha y alarga con las patas.

Y ahora, que ya sabéis cómo es este animal, os diré que es el más tragón, porque necesita comer al día el mismo peso en alimentos que tiene su personita. Comunmente se nutre de gusanillos e insectos; si algún otro bicho, una culebra, por ejemplo, se introduce en su casa sin mandamiento judicial, el topo se lo come tranquilamente y celebra el banquete echándose una siestecita.

Es un ser muy salvaje; tiene que vivir solo porque se gasta un genio tan avinagrado que no hay quien lo aguante.

Al topo se le caza, porque es un destrozón, que en cuanto entra en un campo cultivado no deja ni las raíces de las plantas. Para coger al animalito se emplea un método sencillísimo: un perro. El perro grifón, que tiene la especialidad «topera». El can espera al topo a la puerta de su casa, y a la puerta de su casa le mata, como Centellas a don Juan Tenorio.

Hernán Cortés

Por uno de los exploradores más audaces y de hazañas más valerosas y extraordinarias, le tienen y le han tenido siempre los historiadores de todo el mundo.

Nació este esforzado capitán en 1485 en Medellín, pueblo de Extremadura. Su padre, Martín Cortés de Monroy, fué teniente de una compañía de Infantería, y aunque de noble procedencia, su fortuna era reducida, pues el célebre misionero é historiador de las Indias Fray Bartolomé de las Casas, que le conoció y trató, dice de él «que era un escudero harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo».

Críose Hernán Cortés endeble y enfermizo (aunque más tarde fué robusto

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plisés, acordeados, wattleaux,
etcétera
Se lavan, tifican y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase
de pieles
Visillos, stores, cortinajes
y aliombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que
cualquiera de las de primer
orden; pero la más pulcra, rápida
y exacta

Tantas expediciones como
vapores correos

y bien proporcionado), y deseosos sus padres de darle carrera, aún a costa de grandes sacrificios y trabajos, le enviaron cuando contaba catorce años de edad, a cursar leyes a la Universidad de Salamanca, centro entonces el más importante de la Europa científica.

Poco se avenía el carácter bullicioso y aventurero de Cortés con la quietud de los estudios, porque después de intentar inútilmente hacerse letrado, como era el deseo de sus padres, volvió a los dos años a su pueblo natal, habiendo estudiado poco o nada. La vida tranquila de su pueblo tampoco se había hecho para él, y como gustaba más de los azares de la guerra y de la conquista, cuyo entusiasmo se aumentaba al oír relatar los descubrimientos que por aquellos años hacía el gran español Cristóbal Colón, Ojeda, Pinzón y otros, decidió probar fortuna, abandonando su casa con licencia de sus padres, para incorporarse al ejército que conducía entonces a Italia el Gran Capitán.

Sólo formó parte de él hasta Venecia, en donde cayendo enfermo, hubo de pasar un año en esta ciudad, sufriendo toda clase de calamidades hasta volver a casa de sus padres.

Una vez repuesto definitivamente y plenamente convencido de que se acomodaba más a su genio é inclinaciones la carrera militar que cualquier otra ocupación ú oficio, marchó a Sevilla a fin de embarcarse en la armada que Nicolás de Ovando preparaba para ir a la isla española; pero de nuevo se frustraron sus deseos, porque unas contusiones recibidas en Sevilla al saltar una tápia, le obligaron a quedarse en tierra.

Ya sano, marchó a Valencia con objeto de embarcarse y pasar a Italia, pero habiéndose retrasado en el viaje, tuvo que volver a Andalucía, donde se embarcó definitivamente en Sanlúcar de Barrameda, cuando contaba 19 años, en una nave con destino a América, preparada por Alonso Quintero.

Larga y penosa fué la navegación, sufriendo algunos temporales tan violentos, que más de una vez se creyeron perdidos. Sin embargo, nuestro joven, el futuro conquistador, con ser la segunda vez que se embarcaba, dió ejemplo de valor y serenidad inauditos a la tripulación y que, como buen cristiano, la providencia no sólo le favoreció en esta ocasión, sino también en otras muchas de su conquista.

Al arribar a la isla de Santo Domingo, fué presentado a Diego Velázquez, gobernador de aquellos nuevos territorios, el cual, enterado de su carácter valeroso, le tomó a su servicio. Con tal cariño supo corresponder el joven Cortés al afecto de su señor, que éste, aprovechándose de las excelentes cualidades que adornaban a tan fiel soldado, le fué dando cargos cada vez de mayor importancia.

Dicen los que le trataron en aquel tiempo, *«que era altamente simpático, de hermosa figura y agradable manera, y notable por su habilidad y valor en las cosas de la guerra»*, y Solís dice de él: *«Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otros de su propionatural que le hacían amable, porque hablaba bien de los ausentes; era festivo y discreto en las conversaciones y compartía con sus compañeros cuanto adquiría, con tal generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos.»*

Por el acierto con que intervino en la guerra contra Anacaona, cacique indio de aquellos contornos, Diego Velázquez le nombró Notario, y más tarde oficial

de la Real Tesorería, y aunque tuvo con él algunos disgustos, pronto hicieron las paces, reconociendo Velázquez en Cortés un hombre de excepcionales condiciones para el mando de grandes ejércitos y dirección de difíciles empresas, como bien claro lo demostró en su célebre conquista.

Y aquí empieza la parte más interesante y gloriosa de la vida de este heróico extremeño, que encargado por Diego Velázquez para conquistar los terrenos recientemente descubiertos por Grijalva, se embarcó con quinientos soldados y diez pequeñas piezas de artillería.

Su gloriosa epopeya comenzó con la memorable y nunca bien alabada heroicidad, de quemar las naves que le condujeron a las playas del dilatado y belicoso Imperio Mejicano, acto el más glorioso y audaz que ha recogido la historia del mundo.

Y como el espacio apremia, recomendando la lectura de las brillantes hazañas del inaudito capitán Hernán Cortés, que en la interesante Historia de la Conquista de Mejico relata el celebre historiador Solís, con singular riqueza de detalles y clásico estilo.

J. H. C.

CUENTO INFANTIL

EL PRIMER PREMIO

I

Pacientemente, en actitud docil, con una mansedumbre impropia de su temperamento nervioso, de su carácter díscolo y revoltoso, a momentos irascible, forjado en el yunque de las complacencias y tolerancias, soportó Claudina la penosa y larga operación del tocado y la no menos molesta e ingrata de vestir aquel su disfraz de damisela, lindo vestido estilo «Imperio» que las hábiles manos de su mamá y tías, en funciones de camareras, fueron prendiendo a su figulina gentil, trasmutando, en metamorfosis absurda las líneas de su cuerpo impúber, por las precisas de mujer.

Desde muy temprano comenzó Claudina, entregada en docilidad maasa a las manos hábiles de sus tías, a sufrir las torturas del día, resignándose a todo sin una protesta, que en los días precedentes, mientras duró la confección del disfraz, en aquellos momentos de prueba, habíase despertado su vanidad y anhelaba, como supremo bien, vestirlo y lucirlo esplendorosamente ante sus amiguitas, para humillarlas con la elegancia y riqueza de sus vestidos seducidos. Al levantarse, su cabecita fué inmediatamente sujeta al potro del suplicio: aquellas sus crenchas negras, divididas fueron en minúsculas trenzas, prietas, con una rigidez, que al menor movimiento producía dolor, ensombreciendo el rostro, feillo pero simpático de la niña, con la mueca del sufrir: los pequeños rizos, que no pudieron ser trenzados, quedaron aprisionados fuertemente, entre las varillas del metálico rizador y con aquellos adornos que el arteficio prodigara sobre su cabeza, mostrando al aire libre su frente ancha, de comba pronunciada, estaba realmente horrible Claudina, que las trenzas rígidas daban a su cabecita el aspecto de un erizo de gruesas puas cuajado.

En las primeras horas de la tarde dejóse nuevamente Claudina en manos de las camaristas y estas desanudaron las cintas que aprisionaban los cabellos y la niña por un momento libre de tortura, respiró con satisfacción, sintió el alivio consolador, el bienestar, que más se aprecia, cuanto mayor ha sido el sufrimiento. Poco duró aquel momento; las manos diligentes de sus tías, pronto dividieron en ensortijadas bucles su cabellera, que fue aumentada con postizos, prendidos con horquillas minúsculas, pero que la nerviosidad hacía punzantes las que al rozar la epidermis, hacían torcer el rostro en gesto de dolor y decir: pero... tía ¡que me haces daño!

Terminó la operación del tocado al fin, que no hay bien ni mal que cien años dure y comenzó para Claudina otro suplicio: el de vestir el disfraz. Su cuerpecillo fué sujeto por corsé y sintió por primera vez la opresión molesta de las aceradas ballenas: un corpiño ajustado acababa la obra opresora y la falda, amplia y en ligera imitación del miriñaque, para que

abriera sus vuelos, cubría hasta cerca del tobillo: sus piecitos fueron aprisionados en unos lindos zapatos de raso, con tacón alto, zapatos que el maestro sacó estrechos y que mortificaban a Claudina, acostumbrada a una mayor holgura. Completaba el disfraz, una ligera y amplia pamelá, bajo la cual y rozando los hombros de la niña, asomaban las onduladas trenzas, enmarcando el rostro, dándole un atractivo de mayor simpatía.

Ya lista su disfraz Claudina y aun cuando sufriendo tortura inexplicable, mirábase complacida en el espejo, sintiéndose orgullosa al ver reflejada su imagen en la trasparente luna. ¡Ya era una mujer! pero... una mujer que no podía sentarse, pues los alambres que ensanchaban la falda abudosa le impedían: el calzado prieto y aquel taconcillo alto al que no estaba acostumbrada hacíanle sufrir y andaba a paso de perdiz, dando pequeños saltitos, defecto éste que le fué severamente corregido al salir sus tías y su mamá ya acicaladas y dispuestas para la fiesta.

Diéronse los últimos toques a la toilette carnavalesca de Claudina y la niña, precediendo a sus acompañantes hizo su aparición en la calle llamando la atención del vecindario que de infantil, contemplábalanla manoseándola, no sin disgusto de los artífices que tenían ver malograda su obra y que recibían rebosando orgullo, los plácemes y alabanzas por el buen gusto del disfraz.

—Anda, anda hijita, díjole una señora amiga. Estás encantadora Claudina: lo que es tu, hoy te llevas el primer premio... ¡Estás guapísima!

II

La entrada de Claudina en el salón del Casino fué triunfal. Su disfraz elegantísimo llamaba la atención de todos y pronto los señores de la comisión, presididos por un señor obeso, de rostro repulsivo y antipático, rodeó a la niña alabando la fidelidad en la reproducción, el buen gusto de las damas creadoras de la obra y el gentil dandare de Claudina al portar airoso el disfraz.

El señor obeso y antipático, que por bismear en la redacción de un periódico creyese el más entendido, hasta supo establecer un pedantesco paralelo proclamando semejanza entre la niña disfrazada y la Emperatriz Eugenia, la dama española que reinó en Francia por su corazón magnánimo y por su belleza, aquella que fué la mejor gala de la Corte de Napoleón III, rematando su disertación con un torpe elogio a los disfraces de época y alabando la pureza de estilo del de Claudina.

El salón del Casino había sido tomado al asalto por los pequeñuelos, que luciendo disfraces habían acudido a la fiesta carnavalesca. Formando coros y tertulias estaban las mamás contemplando embelesadas el cuadro que sus retoños ofrecían, al danzar torpemente enlazados, andando a trepezones, formando parejas arbitrarias: una apache pizpireta danzaba o hacía como que danzaba con un niño disfrazado de antiguo noble en traje de Corte: una holandesa de cofia blanca y pesados zuecos, enfrentaba con un petrimetre vestido de frac: una huertana daba saltos cogida a un minúsculo Charlot: una damisela de cabellera empolvada iba unida a un pescador y así, en contraste chillón, aquellos niños y niñas inconscientemente tomaban parte en una farsa que disonaba con la pureza de sus almas, no moldeadas aun para la ficción, en la que siempre demasiado pronto los arrojaría la vida que para muchos, no es más que una farsa llevada con seriedad y mantenida con serena contumacia e intrépida procaacidad.

A Claudina tocóle en suerte para pareja un niño escualido, de rostro estrino, que vestía el uniforme azul de oficial de caballería. El disfraz sentábase pésimamente y el niño falto de desenvoltura trepezaba a cada paso con el minúsculo sable, que enredábasele entre las piernas amenazando dar con su asardinada figura en el suelo, arrastrando en su inestabilidad a Claudina que ya molestísima por el dolor que producía la opresión del corsé y el calzado estrecho, aferrábase al brazo de su pareja que mal podía sostenerse a sí mismo.

Las parejas infantiles desfilaron indiferentes ante los señores de la comisión, que muy poseídos de su importancia, ordenaban la detención de los disfraces que más atraían sus miradas: tomaban netas y cambiaban miradas entre sí, dirigiéndolas luego al coreo de madres para observar ladinamente el efecto que su actuación producía. La indiferencia de los niños contrastaba con la inquietud ansiosa de los mayores, que seguían con interés las deliberaciones de la comisión erigida en Jurado calificador, otorgador de mercedes y premios.

Por fin se conoció el fallo: el primer premio fué adjudicado por unanimidad a Claudina

que entre aplausos y a los acordes de la música, pasó a ocupar el trono ridículo y farandulero de elegida.

Felicitaciones, enhorabuena, apretones de manos, cariñosas palmaditas en las mejillas, frases encomiásticas, todo lo fué recibiendo Claudina con fría indiferencia. El suplicio a que el disfraz la sujetaba era ya para ella insuportable y su rostro congestionado por el calor y más aun por los sufrimientos, llamaba la atención de todos que bondadosamente exclamaban: ¡Que satisfacción está la chiquilla!

III

Al llegar a su casa, despojada del disfraz, ya libre de sus efímeras galas, no pudo resistir más Claudina y cayó al suelo pesadamente. Su frente ardía; sus ojos ofrecían la brillantez de la fiebre. Alarmada su familia acostáronla inmediatamente y llamaron al médico, un buen señor amigo íntimo de la casa que llegó prontamente y que después de examinar y auscultar minuciosamente a la enferma terció el gesto y dirigiéndose a los padres de la niña díjoles.

—A tiempo me han llamado ustedes. Un minuto más y quizá hubiera sido tarde. La niña está amenazada de una congestión cerebral, que con la ayuda de Dios creo vencer.

La alegría trocose en tristeza. Todos lamentaron la imprudencia y reconocieron el origen del mal de Claudina.

Fué una torpeza: a los niños hay que dejarlos en casa que las fiestas de Carnaval, ni aun a los mayores conviene: fueron las palabras de acre censura dichas suavemente por el Médico.

En la vecindad se hablaba de la grave enfermedad de Claudina y una pretenciosa que en la vanidad cifraba el bien supremo de la tierra por comentario decía:

—¡Pobrecilla! ¡Tan guapa como iba! ¡Menos mal que cayó enferma, después de conseguir el primer premio!

FRANZ

Mahón, Febrero de 1925.

¿Saben engañar los animales?

El engaño y la decepción es conocido entre los animales. En las caballerizas militares se han sabido de casos, en que ciertos caballos han fingido estar estropeados para evitar ejercicio militar.

Un chimpancé que había sido alimentado con pudín durante una enfermedad, fingía tener tos en muchas ocasiones, a fin de que se le diera otra vez el mismo manjar.

El cuclillo pone sus huevos en los nidos de otros pájaros, y para que el otro pájaro no se de cuenta, saca uno de los huevos de este, reemplazándole con el suyo.

Los animales saben muy bien cuando son culpables, y esto está demostrado por el hecho de que tratan de hacerlo sin hacer ruido y lo más secretamente posible. Cuando se les descubre, demuestran su culpabilidad, y en algunos casos sentimiento y arrepentimiento.

Así las abejas que roban, vacilan muchas veces, antes y después de sus hazañas, como si temiesen ser castigadas.

Puede ser también que esto sea debido al temor del castigo que sigue, naturalmente, a la falta, especialmente en el caso de los perros, que son tan inteligentes.

Piedra preciosa poco conocida

LA ALEJANDRITA

Contadísimas son las personas que conocen la piedra preciosa que lleva el nombre de Alejandrita, y es poco conocida, no por su escasez, sino por lo poco que se usa en joyería.

Esta piedra se encontró por primera vez en la India, y se le dió el nombre que lleva por haber sido la predilecta del Zar Alejandro I.

La Alejandrita presenta la rareza de que a la luz del día tiene un color verde bastante parecido a la esmeralda, y de noche cambia de color presentando un matiz rojizo que se acerca al del granate de Bohemia.

Este notable cambio de colores no ha podido ser científicamente explicado hasta la fecha.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón